

Placer ¿culpable?

Rob Parkes

Image not found.

Capítulo 1

Muchas cosas han cambiado entre nosotros. Siempre te dicen que la pasión se termina a los dos, tres, cinco años. Que luego queda el amor sincero, cómplice, amigo. Que lo mejor es el viaje, la experiencia, sentir a esa persona amada a tu lado. Lo único cierto de eso es que, al cabo de dos, tres, cinco años, nuestra relación en la cama está en el dique seco.

Sin embargo, mi cuerpo piensa diferente. Mi mente no se resigna.

No sé si es la pasión, no sé si es mi mente, lo que me estimula. Soy un hombre con necesidades básicas bastante evidentes, pero no corráis a pensar que soy uno de esos personajes que tienen al porno como guía para practicar el sexo. Tampoco soy un superdotado, no soy un animal físico capaz de cogerte en volandas o de tener sexo desenfrenado durante horas. No siempre, quizás a veces.

Me gusta experimentar el placer con todos los sentidos. Sentir la piel y sentir *en* mi piel. Saborear, jugar, ser el objeto de los juegos y sentir la urgencia de la otra parte. Me gusta jugar, esa es la idea. En cierto modo, mi mente suele tener prioridad sobre mi cuerpo y sobre mi propio placer físico. Sin esa capacidad para fantasear y lanzar al vuelo mi imaginación, mi físico no acompaña. No disfruto del sexo si no hay algo más, imaginación, picardía. Obtengo mucho placer al verte disfrutar, al observar tu cuerpo y cómo responde a mis caricias, a mis labios, a mis incursiones. Obtengo placer dando placer.

Precisamente ahora, cuando parece que mi pareja ya no es lo que era y podría adentrarse en esa fase tan de libro, de amor fraternal con algunos picos de sexo primario ocasional, casi de supervivencia, mi mente me pide más. Me pide un cambio. Me pide probar, innovar. Aunque sé que no me acompañará. No puede. Aunque sí deseo que lo haga. Que me responda. Pero, en el fondo, no lo deseo. Es todo muy confuso.

Pienso en todo esto mientras estoy tumbado al lado de mi pareja. Hoy es un día de esos en los que mi cuerpo piensa por sí mismo. Es de esos días en que uno se excita sin más. El cuerpo es sabio y necesita su alivio, su disfrute. Su picante. Mi cuerpo se excita y yo me excito al comprobarlo en un bucle infinito. Siento cómo late, como con vida propia. Siento el calor, siento la necesidad de darle alivio. Solo con sentirme me doy mucho placer.

Y, mientras, mi mente trabaja.

Nunca antes lo hice, por pudor. Pero, ahora que me da la espalda, indiferente y dejándose llevar hacia un sueño profundo, tengo ganas. Quiero tocarme, quiero masturbarme en silencio. A su lado. En secreto.

Esa idea me excita un poco más. Es emocionante. Sé que le daría vergüenza, incluso se podría escandalizar, y eso me sube la temperatura. Que se escandalice. Que vea cómo estoy. Quier que quiera participar, pero no se lo voy a permitir. Que mire.

Mi mano se va directa dentro del pijama. Siento el calor y una erección de esas que no defraudan. Muevo mi mano lentamente, sintiendo cada centímetro. Acaricio mi glande suavemente con mis dedos pulgar e índice mientras con el resto de la mano hago presión y empiezo a recorrer toda su longitud. Arriba, abajo, muy despacio. Me gusta hacerlo así y sentir su forma entre mis dedos. Me huelo la mano. Es una especie de ritual, el de sentir mi olor. Procuro controlar mi respiración para que no se note nada. Controlo la urgencia. Quiero llegar lentamente. Saborearlo.

Me imagino que, de repente, se da cuenta de lo que estoy haciendo, pero no me dice nada. Que, fingiendo dormir, se remueve y se da la vuelta. Mi erección se vuelve más poderosa. Pensar en que me pueda observar en la penumbra me excita muchísimo, pero, decidido, mantengo el ritmo lento, muy lento. Siento un placer enorme. Pienso en eso, en que me observa. Al principio, con sorpresa. Al poco rato, con expectación. Que se excita. Que humedece sus labios con la lengua, deseando acercarse y sentirla. Que entra en el juego dándose placer en silencio. Que intenta que no se note, igual que estoy haciendo yo, pero que mantiene la esperanza de que se note.

Me destapo lentamente. Necesito espacio y que no me cubra nada. Sin las mantas, me libero del pijama y me recreo un rato. Humedezco mi mano con saliva y me acaricio. Me gusta acariciarla, y también tocar mis testículos. Los acaricio, los sopeso, los muevo. No me vendría mal algo de lubricante.

Cierro los ojos mientras vuelvo a recorrerme de abajo a arriba. Termino siempre el ciclo acariciando el glande, por detrás, y, con los ojos cerrados, imagino que acerca su boca y cierra sus labios sobre mí. Que no hace nada más mientras yo sigo moviendo mi mano con calma, sin prisa. Siento cómo, poco a poco, se acerca el orgasmo, el objetivo final. Estoy cerca, pero mi ritmo sigue igual, muy lento. Imagino el tacto de su boca, la calidez de su saliva, su lengua trazando círculos con lentitud, saboreándome. Imagino que su mano ya está donde debe estar, trabajando en silencio. Imagino que sostiene mis testículos, acariciándolos, y que eso me ayuda a sentir una mayor urgencia, la cercanía de un orgasmo que espero, pero que retendré todo lo que pueda.

Allí, en silencio, todos esos pensamientos multiplican mis deseos y empiezo a notar cómo llega el orgasmo. Ocurre lentamente. La excitación se acelera. Mi pene aumenta perceptiblemente de tamaño, de grosor y se vuelve como de piedra. Mis sentidos se agudizan y siento cada nueva

caricia magnificada. siento ese hormigueo previo que nace desde la base y recorre el perineo, subiendo lentamente hacia los testículos. Siento que voy a explotar, y así es. La electricidad se desata y noto cómo llegan las contracciones, pero me retengo.

Me cuesta la vida no terminar en ese momento, pero sé que vale la pena aguantarse, detenerme y gozar con el placer que está llegando, que ya siento. Aguanto dos, tres, cinco segundos y, conscientemente, acariciando lentamente desde la base del pene hasta el glande, dejo que se todo se libere mientras pienso en cómo es terminar en su boca, en cómo lo aceptaría con un gemido de placer, mientras mi semen entra en contacto con su saliva, con esa lengua que se relamerá con avidez.

El orgasmo, en silencio, en la oscuridad, es el más intenso que siento en semanas. Durante al menos medio minuto sigo acariciándome con parsimonia, estremeciéndome de placer, corriéndome en pequeñas dosis, manchando a plazos mi mano con el líquido caliente, abundante y aromático que, pienso, estoy seguro de que puede percibir.

Me quedo quieto, con la mano todavía envolviendo mi pene, que ya está a medio camino de su flacidez, húmedo y satisfecho. Todavía resuenan los ecos de mi orgasmo cuando me levanto para asearme y, al volver, me acomodo en mi sitio, en la cama, dándole la espalda. Respiro profundamente y me dejo llevar en busca del sueño reparador que tanto necesito.